La

Martir de su

inocencia.

Esteban Fernandez

LA MARTIR
DE SU INOCENCIA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. ESTEBAN FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.

ESTRENADO CON EXTRAORDINARIO ÉXITO EN VALLADOLID, EN EL GRAN TEATRO DE CALDERÓN DE LA BARCA, EN LA NOCHE DEL 4 DE DICIEMBRE DE 1890.

VALLADOLID:
Establecimiento tipográfico de F. Santarén.
Impresor del Ilustre Colegio Notarial.

1891.

Al Señor

Don Sebastián Garrote Fernández

en prueba de respetuosa consideración, dedica este modesto trabajo su siempre afectísimo y atento s. s.

E. Fernández y González.

AL NOTABLE PRIMER ACTOR

DON JOSÉ GONZÁLEZ.

A tu inspiración artística debo muy singularmente el éxito que alcanzó mi pobre MÁRTIR *la noche de su estreno: justo es que así lo haga constar, haciendo honor á tu talento.*

No olvidaré tampoco á los demás actores que te ayudaron en la empresa, pues á todos les debo profunda gratitud por el acendrado cariño con que estudiaron y desempeñaron sus respectivos papeles; especialmente á la distinguida actriz **Sra. Constán,** *que probó cumplidamente la justísima fama de que goza en el arte dramático.*

Este es el testimonio más sincero que puede ofreceros el que será siempre vuestro más afectísimo s. s.

Esteban Fernández y González.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA.	**Sra. Constán.**
CARLOS.	**Sr. González.**
ENRIQUE.	» CORDERO.
ARTURO..	» VIGO.
PEDRO.	» BORDA.
MIGUEL.	» BERNÁLDEZ.

La acción de los dos primeros actos en Madrid; la del tercero en una quinta situada en la costa Cantábrica.

ACTO PRIMERO.

La escena representa un gabinete lujosamente amueblado; puerta al foro y laterales; á la izquierda, en primer término, una mesa de escritorio en la que escribe ENRIQUE al levantarse el telón. A la izquierda de la puerta del foro, elegante *bureau*. En primer término, izquierda, un balcón. Al comenzar la representación, MARÍA y ARTURO, algo alejados de ENRIQUE, ocupan dos butacas colocadas junto á un velador.—Por derecha é izquierda entiéndase la del espectador.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA, ENRIQUE *y* ARTURO.

ART. Con que hoy llega? (Á María.)
MAR. Aquí estará
á las seis.
ART. Logró su objeto?
MAR. Nada me dice en concreto,
mas juzgo que así será.
Pues ya en su anterior decía
que el cobro casi efectuado,
el día menos pensado
á mi lado volvería.

ART. Entonces logró los miles:
de fijo venció en la lid.
Tu esposo es un adalid
en negocios mercantiles.
No encuentra valla ni dique
cuando un negocio le escuda,
y ahora menos, con la ayuda
del buen criterio de Enrique.
ENR. Yo agradezco...
ART. No es favor.
ENR. Mil gracias.
ART. Jamás fingí;
todos lo dicen así.
ENR. Pues me otorgan más honor
del que en justicia merezco;
Carlos que aborrece el ocio,
no desatiende un negocio;
él dirige y yo obedezco.
ART. Así será; pero yo
tengo hace tiempo probado
que esta casa ha prosperado
desde que usted se encargó
de compartir con mi primo
la tarea aquí no escasa.
ENR. Ni pongo al descanso tasa
ni de trabajar me eximo.
Mas mi mente no cavila
soluciones intrincadas
que á mí llegan ya pensadas;
soy un soldado de fila.
ART. Sin embargo, aunque así sea,
en un triunfo, por igual
ganan gloria el general
y el soldado que pelea.
ENR. Si en concederme favor
se obstina usted, no habrá modo
de argüir, y me acomodo
á su criterio.

ART. En rigor,
todo cuanto expuse aquí
no es lógica original;
es la opinión general
que la indico cual la oí.
Aquí está sino María
que le dirá á usted lo mismo.
Verdad?
MAR. Sí.
ART. Qué laconismo!
Estás un tanto sombría!
No sé qué noto hoy en tí...
No es cierto, Enrique? Estás triste
hoy que derecho te asiste
para estar contenta? Dí!
MAR. Triste dices?... Desvarío!
No hay motivo que me apene.
ART. Pues hoy tu semblante tiene
no sé qué tinte sombrío.
MAR. Antojos tuyos serán!
ART. Acaso serán antojos,
y no insisto, mas tus ojos
tristes y sin brillo están.
MAR. Pasé inquieta y desvelada
la noche, y eso será
sin duda alguna.
ART. Quizá;
es causa justificada.
Perdóname si creí...
MAR. Perdonar!... Por qué razón?
ART. Piensas ir á la estación?
MAR. Prefiero esperarle aquí.
ART. Entonces, si Enrique quiere,
iremos los dos.
ENR. Iremos.
ART. Tiempo sobrado tenemos. (Consultando su reloj.)
Si esperarme aquí prefiere,
volveré; no he de tardar.

ENR. Se va usted á molestar...
ART. No en verdad; de ningún modo.
Precisamente es camino
más recto... En breve termino
y subiré.
ENR. Me acomodo.
ART. Pronto entonces volveré.
Adiós. (Á María, disponiéndose á salir.)
MAR. (Bajo á Arturo.) Hablarte deseo;
ven al instante.
ART. (Preveo
que en mi sospecha acerté.)
ENR. (Algo le dijo.)
ART. (A Enrique.) Hasta ahora. (Medio mutis.)
(No me equivoqué; sus ojos
empañan tristes sonrojos;
no fué duda engañadora.) (Vase foro.)

ESCENA II.

MARÍA *y* ENRIQUE.

La primera, tan luego que ARTURO sale de escena, se dirige á la segunda lateral derecha. ENRIQUE se levanta.

ENR. Un momento.
MAR. (Con altivez.) Qué quereis?
ENR. Los instantes son supremos
y fuerza es aprovecharlos;
vuestra decisión espero.
MAR. Acaso no la sabeis?
Me dais lástima y desprecio!
ENR. Dejad ese tono altivo,
y ved que á mi antojo tengo
vuestro infortunio.
MAR. Callad;

si pensais por ese medio
conseguir empeños viles,
ponedle en práctica luego;
que ni amenazas me arredran
ni debilidades temo.

ENR. Usted me obliga, María,
á usar tan infames medios.

MAR. Qué mucho que infame sea
quien nunca dejó de serlo?

ENR. María!

MAR. No os asombreis;
hablen tan solo los hechos:
y si es que en vuestra conciencia
guardais de honor algún resto,
que lo dudo, reparad
si son justos los conceptos
que brotaron á mis labios
desde el fondo de mi pecho.

ENR. Ni de disculparme trato,
ni defenderme pretendo.
Soy un vil; soy un endriago;
soy un espantable engendro
de ingratitud: todo; todo
cuanto hay de inícuo y perverso.
Pero si olvido cual ve
lo mucho que á Carlos debo;
si á cambio de honor y nombre
que me dió, robarle intento
honra y amor... no comprende
que cuando á tanto me atrevo,
es porque ya de mí mismo
no soy árbitro, ni dueño,
ni hay más pasión en mi alma,
ni más luz en mi cerebro
que la que engendra insondable
el irresistible anhelo
que su hermosura creó
con firme y tenaz empeño?

MAR. Sellad vuestro torpe labio;
que al escucharos, sospecho
que Lucifer os abona
algún efluvio maléfico
que corroe hasta el ambiente
que respiro!

ENR. Ya no hay medio
de retroceder, María.
Jugada mi suerte tengo
en esta lucha surgida
de un incentivo deseo,
y he de rodar al abismo,
ó he de elevarme hasta el cielo
de mi soñada ventura!

MAR. Cuan aborrecible os veo!
Sabeis herir en las sombras;
mas yo rasgaré ese velo
de hipocresía que os cubre.
Dentro de breves momentos
estará Carlos aquí,
y ya de que sepa es tiempo
cuán poco merecedor
habeis sido de su aprecio.

ENR. Tranquilo le he de aguardar;
impaciente ya le espero.
Mas si antes que llegue aquí
no prestais algún consuelo
á mi insondable pasión;
si la esperanza que aliento
desvaneceis implacable,
juntos los dos rodaremos
al abismo que á mis pies
surgir espantable veo
para usted, no para mí;
que si al cráter del infierno
tuviera que descender
para lograr mis deseos,
á poder ser, sin dudar

bajaría hasta su centro.
MAR. Será vuestro empeño vano.
ENR. Ved que me perdeis y os pierdo,
si una esperanza tan solo
no me dais, para consuelo
de mi padecer!
MAR. Jamás!
ENR. Pues bien, María; veremos
quién de ambos ha de obtener
victoria en este torneo.
Yo puedo cumplidamente
probar á Carlos, que lejos
de ser guardadora fiel
de su honor, en vuestro pecho
alentais pasión mezquina
que os envilece... Yo puedo
conseguir que de esta casa
donde entrásteis con aprecio,
salgais con mengua y sin honra.
MAR. Y sospechásteis que crédito
dé á vuestras palabras Carlos?
ENR. Por eso mismo, por eso
logré obtener una prueba
que cual precioso amuleto
guardo con ánsia.
MAR. Villano!
ENR. No tanto como dispuesto
á serlo estoy, si es preciso,
por alcanzar mis deseos!
Si sólo con mis palabras
hubiera de hallar el medio
de lograr mi pretensión,
teneis razón; ya sospecho
que sólo conseguiría
el enojo y el desprecio
de Carlos; pero ofrecerle
en cuanto aquí llegue puedo
prueba de que sois infiel

de tal valor, que su afecto
vereis en rencor profundo
trocado.

MAR. De nada tengo
que arrepentirme; tranquila
mi conciencia está; no os temo.

ENR. Por última vez!

MAR. Jamás!
Salid de aquí!

ENR. Si al hacerlo
voy de mi delirio en pos,
temed á Carlos!

MAR. Ya el medio
de probar vuestra vileza
sabrá concederme el cielo.

ENR. Ved que aun es tiempo, María!

MAR. Basta; dejadme!

ENR. No cedo!

MAR. Infame!

ENR. Por alcanzar
el ideal que sustento,
mil veces infame fuera;
miserable, vil, artero,
y aun más, si algo más monstruoso
puede ser humano engendro.
Abrojos llevo en el alma!
Espinas en vuestro pecho
brotarán, que, cual á mí,
tortura os den y tormento.
Que si altiva despreciais,
siendo dichosa, mi anhelo,
quizá en la desgracia unidos
pueda verle satisfecho.

MAR. Nunca!... Jamás lograreis
tal vileza... Os aborrezco
tanto, que sólo al pensar
que me amais, voy comprendiendo
que me aborrezco á mí misma:

ved si me inspirais desprecio!
ENR. Oh, basta! .. Mía sereis
así pese al mundo entero! (Vase foro.)

ESCENA III.

MARÍA.

Por qué tiemblo á mi pesar?
Por qué ese hombre me da espanto?
Qué misterioso quebranto
viene mi dicha á estorbar?
No sé que soy inocente?
No está sin mancha mi honor?
Por qué entonces tal pavor
mi pecho angustiado siente?
De qué me puede acusar?
Qué puede á Carlos decir?
No sé que extraño sufrir
siento en mi pecho alentar!
Qué intriga vil y espantable
habrá fraguado el villano?
Qué horrible y obscuro arcano
me prepara el miserable?
No lo sé... mas me da espanto
y ya á Carlos tengo miedo!
Pero, qué de él temer puedo?
Oh, qué angustioso quebranto!
Tanto llorar por su ausencia;
tanto ansiar volverle á ver
y hoy me da espanto tener
que verme ante su presencia! (Sollozando se deja caer sobre una de las butacas colocadas junto al velador. En este momento aparece Arturo en escena, y al notar la actitud de María, despuès de contemplarla breve rato, llega pausadamente á su lado.)
Ay Dios!

ESCENA IV.

MARÍA *y* ARTURO.

ART. María! (Por el foro.)
MAR. (Levantándose.) Quién va?
Arturo!
ART. Qué te atormenta
que así triste y abatida
te contemplo?... Qué honda pena
te aflige, que en tu semblante
graba tan profundas huellas?
Qué motiva tu pesar?
MAR. La más inicua vileza;
la traición más inaudita;
la infamia más ruín y artera.
ART. Y es su autor?...
MAR. Un miserable
que sólo perfidia alienta.
ART. Su nombre al instante.
MAR. Enrique.
ART. Qué digistes?... Él!... Sin tregua
habla al punto, que en mi mente
se agita cruel sospecha.
Habla!... Acaso le alentó
pasión de tu honor en mengua?
MAR. Por mi infortunio; ay de mí!
ART. Y á tal se atrevió?
MAR. Ya es fuerza
que no te oculte más tiempo
sus designios; que se acerca
el instante que á esta casa
llegue Carlos, y quisiera
enterarte por si acaso
me es precisa tu presencia.

ART. Ve que impaciente te escucho.
MAR. Poco después que á la América
partió Carlos, con el fin
de intervenir en la quiebra
que motivó su viaje,
pude notar con sorpresa
la extraña actitud de Enrique
para conmigo: discreta
procedí, por si tan solo
era engañadora idea
la que en mi mente surgió.
Mas ¡ay! Pronto mi sospecha
miré en realidad trocada;
realidad que hoy me atormenta.
Contrariado al no lograr
satisfacer su vileza,
hábil fingió desistir
de su temeraria empresa.
Mas ¡ay! Que así como el cráter
de un volcán un punto deja
de arrojar candente lava
ostentando su silueta,
libre del turbión de fuego
que en sus entrañas encierra...
para mostrarse después
más rugiente tras la tregua,
así astuto el miserable
en su corazón de hiena,
supo de su vil pasión
ocultar las torpes huellas,
para preparar infame
la más inícua vileza.
ART. Sigue; que está tu quebranto
dando aliento á mi impaciencia,
y olas de sangre se agitan
en el fondo de mis venas.
Qué es lo que pretende hacer?
Qué es, dí, lo que el vil intenta?

MAR. Alucinar la razón
de Carlos con falsa prueba
que su perfidia inventó,
haciéndole ver por ella
que aliento pasión mezquina
que le envilece y afrenta.
ART. Y qué prueba dar podrá?
MAR. No lo sé. Mas cuando en mengua
de mi honor, á Carlos quiere
mostrársela sin que tema
su furor, es porque mucho
debe el vil fiar en ella.
ART. Y ha de ser tan miserable?
MAR. De su exaltada demencia
todo lo temo!
ART. Ten calma
y á tu quebranto da treguas.
MAR. Ay de mí!
ART. Mas no es posible
que Carlos creerle pueda!
MAR. Si la llama de los celos
enciende voraz hoguera
en su corazón, quién puede,
sin mostrar notoria prueba
de mi honor, de él alejar
la ansiedad de la sospecha?
ART. No temas, que yo haré á Carlos
ver la inaudita vileza
que fraguando está el infame
de tu limpio honor en mengua,
y después... si tu cariño
y mis frases no pudieran
hacerle ver claramente
lo que el miserable intenta,
riendas pon á tu sufrir
y espera en calma; no temas;
que bríos me han de sobrar
para que ese vil devuelva

á tu honor acrisolado
las galas de la inocencia.
MAR. Escuchaste?... (Llega con rapidez al balcón.)
Sí!... Ha parado
abajo un coche, y se apea
Carlos.
ART. A su encuentro corro.
MAR. No; ten calma. Ahora es fuerza
que yo sola le reciba.
Ahí dentro un instante espera.
Si Enrique le habló, y acaso
fuera urgente tu presencia
en esta estancia, yo misma
te avisaré.
ART. Mi impaciencia
mira bien!
MAR. Pronto... Ya sube.
ART. Confía en mí
MAR. Sí... ya llega.
Déjame á solas.
ART. Aguardo
con ansiedad. (Vase segunda lateral izquierda.)
Él se acerca.

ESCENA V.

MARÍA y CARLOS.

(El último por el foro.)

CAR. María!
MAR. Carlos!
CAR. Mi vida!
Bienhaya mi buena suerte.
Feliz yo que vuelvo á verte
tras de ausencia tan sentida.
Dios mis preces escuchó

y aquí me dejó volver.
A nadie mata el placer
cuando aun tengo vida yo!

MAR. Carlos!

CAR. Pensastes en mí?

MAR. Tal me dices!

CAR. Ya jamás
lejos de tí me verás,
que es morir vivir sin tí.
Mi crédito mi presencia
reclamó en lejano suelo,
en el que sufrí el anhelo
cruel de llorada ausencia.
Qué horas tan largas juzgué
las que sin tu amor pasaron!
Cuánto mis ojos lloraron!
Cuánto de tí me acordé!
Cinco meses transcurrieron
desde que á Cuba partí;
cinco meses que sin tí
cien siglos me parecieron.
Con anhelo halagador
ansié verte entre mis brazos.
Cuán hermosos son los lazos
que formar logra el amor!
Mas qué tienes?... Qué sonrojos
bañan tus ojos de cielo?
Por qué fijas en el suelo
y no en mi faz hoy tus ojos?
Acaso es que mi placer
no tiene en tu pecho aliento?
No gozas con mi contento?

MAR. Tal llegaste á suponer?
Dudar pudo tu razón
de mi pasión en desdoro,
cuando sabes que te adoro
con todo mi corazón!

CAR. María!

MAR. Carlos!
CAR. Bien mío
perdona mi loco empeño.
MAR. No sabes que eres el dueño
de mi amor y mi albedrío?
Cómo, dí, tus alegrías
me han de ser indiferentes,
si siento lo que tú sientes;
si tus penas son las mías
y tus goces mi contento;
si hay más luz cuando te miro;
si hasta el aire que respiro
me envenena sin tu aliento?
CAR. Oh, cuánta dicha y ventura!
De mi falta en desagravio
deja que selle mi labio
un beso en tu frente pura. (En este instante aparece Enrique en la puerta del foro.)

ESCENA VI.

Dichos y ENRIQUE.

ENR. Carlos!
CAR. Enrique!
MAR. (Él aquí!)
CAR. Á mis brazos! (Abrazándole.)
MAR. (Cielo santo!
Por qué este hombre me da espanto!)
ENR. Perdóname si no fuí
á la estación; mas no es mía
la culpa; un urgente aviso
de nuestro bolsista, quiso
cuando de casa salía
privarme de mi deseo.

CAR. Hay turbión ó marejada?
ENR. Impaciencia. No fué nada.
CAR. Con cuánto placer te veo!
Ansiaba con alma y vida
en mis brazos estrecharte.
ENR. A solas tengo que hablarte. (Bajo.)
CAR. Con tanta urgencia? (Idem)
ENR. En seguida. (Idem.)
CAR. (Por qué tiemblo!)
MAR. (Algo le habló!)
ENR. Haz que se aleje un momento
María. (Bajo á Carlos.)
CAR. Sí. (Qué presiento!)
MAR. (Ya no tengo duda, no.) (Breve pausa. Transición.)
(Tiemblo cuanto más le miro!)
ENR. Con que en la lid has triunfado?
CAR. Gracias á tí, he realizado
aunque tarde íntegro el giro.
Tanta suerte conseguí,
que á teneros á mi lado
jamás hubiera pensado
en alejarme de allí.
Qué hermoso suelo es aquel!
Mi viaje no me pesa.
Ya vereis, de sobremesa
os haré el bosquejo fiel
de aquel país tan fecundo
que á España legó Colón,
y que es hoy la admiración
y encanto del viejo Mundo.
Y á fe que bien necesito
tomar algo; no he probado
en el tren ni un mal bocado,
y me hallo con apetito.
Así, pues, si inoportunas
mis pretensiones no ves, (Á María.)
espero que al punto des
las órdenes oportunas

para cumplir mi deseo.
Lo harás al instante?

MAR. Sí.
(Quiere alejarme de aquí.
Bien su impaciencia preveo).
(Vase primera derecha.)

ESCENA VII.

CARLOS *y* ENRIQUE.

CAR. Solos estamos cual ves:
habla, y calma mi impaciencia,
pues á juzgar por la urgencia
será de mucho interés
lo que me vas á decir.

ENR. Es de tan grande entidad,
que sospecho en puridad
no lo puedes presumir.

CAR. Pues habla... ¿Qué te detiene?
Piensas acaso en rigor
que no he de tener valor
para escucharte? El que tiene
negocios á su cuidado,
sin que lo pueda impedir
tiene, Enrique, que sufrir
algún golpe inesperado.

ENR. Es que suele ser tan fuerte
á veces, tal su valía,
que es menester sangre fría
para soportarle.

CAR. Advierte
que cuando en sombras se escuda,
aun más que la realidad
hiere cruel la ansiedad

insufrible de la duda.
Habla: ve que te lo pido
impaciente. Qué ha pasado?
Algún negocio frustrado?
(Enrique hace signos negativos.)
Algún pago suspendido? (Lo mismo.)
Quizá una mala jugada
mi capital cercenó?

ENR. Nunca tu caja se vió
de caudales tan sobrada.

CAR. Entonces, dí; qué rigor
misterioso me importuna?
Si no es azar de fortuna,
de qué es entonces?

ENR. De honor!

CAR. De honor dices? La verdad
no me ocultes ni un momento,
aunque me cause tormento
conocer la realidad.
Quién llegó osado á poner
duda en mi honor intachable?
Quién ha sido el miserable
que le infamó?

ENR. Una mujer!

CAR. Habla! Mi suplicio mira;
no temas que yo te arguya
Y esa mujer es?...

ENR. La tuya!

CAR. Ella!... Tal dices? .. Mentira!
El que lanza tal baldón
sin tener prueba fundada,
es digno de una estocada
certera en el corazón.

ENR. Lo sé y la prueba me escuda;
mas, calma.

CAR. Quién dijo calma
cuando en el fondo del alma
ruge el volcán de la duda?

Pronto; la prueba!
ENR. (Mostrando una carta.) Hela aquí.
CAR. Dame. (Tomándola con ansiedad.)
Su letra!... Dios mío!
Siento de la muerte el frío! (Leyéndola con avidez.)
«Si tanto dudas de mí
»y te obstinas en llegar
»á mi lado, en obra pon
»tu intento: nunca ocasión
»mejor podrás encontrar.
»No atribuyas á desdén
»mi silencio en tu rigor;
»ya sabes bien que mi amor
»cifró en el tuyo su edén.
»La vida paso sin tí
»sin consuelo ni alegría.
»Ven; te espera tu *María.*»
(Estrujando la carta con furor.)
Triste verdad, ay de mí!
ENR. Carlos.
CAR. Horrible tormento!
Espantable desventura!
Mal compensó la perjura
mi inmenso amor!
ENR. Cobra aliento.
CAR. Pronto; el nombre del traidor
quiero al punto conocer,
que siento en mi sangre arder
un fuego devastador!
ENR. Piensas que al haber sabido
quién tu honor así ha manchado,
me hubieran bríos faltado
para vengar decidido
tu deshonra, que cual mía
la miro y me da tortura?
CAR. Cuán horrible desventura
dió á mí corazón la impía!
Mas cómo, dí, este papel

llegó á tí? Quién te dió ayuda
para lograrle?

ENR. La duda
y el afán de serte fiel.

CAR. Su firma! No es ilusión
de mi mente acalorada!
Cuál fingía la taimada!
Siento arder mi corazón!
Habla.

ENR. Conciso he de ser.
A poco de tu partida
fué en esta casa admitida
con empeño una mujer
que en calidad de doncella
de María, entró oportuna,
y que ya sin duda alguna
de acuerdo estaba con ella.
La absoluta confianza
que tu esposa la otorgó
sin reparo, en mí engendró
marcada desconfianza.

CAR. Sigue.

ENR. Constante observé
con astucia, hasta que vi
bastante y me convencí
del recelo que alenté.
Oculto tras el ropaje
de ancha cortina, agitada
vi escribir á la taimada
en solitario parage.
Firmó, y el pliego guardó
del sobre en el blanco seno,
ocultando en él el cieno
que su perfidia hacinó.
Mas en el mismo momento,
la bugía que allí ardía
apagó por suerte mía
una ráfaga de viento.

Ligera ante mí pasó
repuesta de su sorpresa,
dejando sobre la mesa
el billete que escribió.
Rápido en la estancia entré;
tomé la misiva, y luego
puse en un sobre otro pliego
en blanco, y le coloqué
donde se hallaba el escrito,
logrando de esta manera
obtener prueba sincera
para tí de su delito.
Esto es todo cuanto yo
adivinar he podido:
vanamente he pretendido
saber quién tu honor manchó.

CAR. Yo á la infame arrancaré
el nombre del ruín menguado
que así mi honor ha ultrajado,
ó por vil la mataré.

ENR. Calma ten.

CAR. Vana porfía!
Cómo poder tener calma
cuando en el fondo del alma
se agita densa y sombría,
espantable conjunción
de ira, de amor y venganza,
que en pos del crimen me lanza
perturbando mi razón!
Déjame á solas estar
con mi suplicio insondable!

ENR. (Oh! Soy un miserable!
Por qué la llegué á mirar!)

(Vase primera izquierda.)

ESCENA VIII.

CARLOS, *profundamente abatido.*

Hondos abismos del mar
por donde ſeliz crucé!
por qué, decidme, por qué
me dejásteis arribar?
Si sólo para mirar
mi espantoso deshonor
me librásteis del fragor
de vuestras olas gigantes,
por qué no me hicísteis antes
presa de vuestro furor!
Por qué soñando ventura
llegué de tierras extrañas
sin que ¡oh mar! en tus entrañas
hallase mi sepultura!
Por qué al surcar por la anchura
de tu lecho transparente,
antes que ver delincuente
á quien fué mi vida y alma,
no hallé en la muerte la calma
bajo de tu fondo hirviente!
Sueños de amor y placer,
huid de mi pensamiento!
Fantasmas de mí tormento,
no aumenteis mi padecer!
Efluvios de mi querer
no á mi pecho deis antojos
de dulce ilusión! Despojos
de un amor que fué mi anhelo,
si al alma no dais consuelo
dadle al menos á mis ojos! (Sóllozando se deja caer en una butaca profundamente conmovido.)

ESCENA IX.

CARLOS *y* MARÍA.

MAR. (Llora! Al fin, cielo santo,
cumplió su anhelo el traidor!)
Carlos.
CAR. María!
MAR. (Qué horror!)
CAR. Acaso te causo espanto?
Por qué, dí, bajas los ojos?
Por qué erguida no me miras?
Callas?... Por qué, dí, suspiras?
Quién produce esos sonrojos!
MAR. Carlos!... Calumnia traidora
torturando está tu mente.
Yo te juro...
CAR. No; detente:
calla: no jures ahora.
Cuál de tu conciencia el grito
brota impaciente á tus labios?
Quién, dí, te acusó de agravios?
Oh, cuán torpe es el delito!
Por qué si no te la pido
me das tal satisfacción?
Tú misma te haces traición!
Tu deshonor te ha vendido!
Pronto; un nombre solamente;
di quién robó la honra mía!
MAR. Por Dios, escucha!
CAR. María,
habla!
MAR. Si soy inocente!
CAR. Tal dices?

MAR. Infiel no fuí
á tu pasión!
CAR. Calla, calla!
Que algo siniestro batalla
y se cierne en pos de mí!
De mi deshonra al baldón
no añadas mayor ultraje.
¡Tienes de angel el ropaje
y de hiena el corazón!
No selle tu labio impuro
tan cobarde y ruin mentira!
MAR. Tu pensamiento delira;
soy inocente, lo juro!
CAR. Oh espantable desventura!
Bajaste á tal vil esfera
que ya no temes siquiera
á más de infiel ser perjura?
MAR. Carlos, escúchame en calma;
ten por Dios piedad de mí!
CAR. Piedad pide la qué así
cruel tortura mi alma?
Habla; dí sin dilación
el nombre del vil menguado
que así mi honor ha ultrajado,
y un punto de compasión
tendrá tu falta insondable.
MAR. Vil calumnia tu alma agita;
la sospecha que te incita
te la alentó un miserable.
CAR. Si no es sospecha, perjura,
lo que aliento! Es convicción
de la insensata pasión
que te infama; no es locura!
Yo el nombre te haré decir
del traidor, mal que te cuadre!
MAR. Por el alma de mi madre
lo juro!
CAR. Más no he de oir

falsos conceptos ni agravios;
que aun más que el delito mismo
me hiere el torpe cinismo
que se escapa de tus labios.
Yo sabré á tu vil traición
dar tortura y dar quebranto!
No me engañas; si ese llanto
no brota del corazón!
No con lágrimas fingidas
busques á tu acción disculpa!
Antes, antes de la culpa
debieron de ser vertidas!

MAR. Carlos!... Carlos!

CAR. No me engañas!

MAR. Contempla mi padecer.
Te lo juro por el ser
que se agita en mis entrañas.

CAR. Jesús!! Qué es lo que escuché!
Y á tal se atrevió tu lengua!
Basta ya de tanta mengua.
Yo con sangre lavaré
de mi deshonra la afrenta! (Fuera de sí, se dirige al *bureau* de donde toma una pistola.)

MAR. Carlos!... Auxilio!... Detente!
Mira que soy inocente.

CAR. Que Dios te lo tome en cuenta! (En este instante llega Enrique por la lateral izquierda y arrojándose con rapidez al brazo de Carlos, se apodera del arma. Arturo aparece al mismo tiempo en la escena y baja rápidamente. María al ver á Arturo se precipita en sus brazos, en los que cae desmayada. Todo esto ha de hacerse con suma precisión para que el efecto escénico sea completo.—Si el actor asi lo prefiere, en vez de tomar del *bureau* la pistola que marca la acotación, puede hacer uso de un revólver de bolsillo que llevará consigo. De este modo detalló esta situación el señor González.)

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, ENRIQUE *y* ARTURO.

ENR. Carlos!
MAR. Arturo!
CAR. (A Enrique, aludiendo á Arturo.) Será?
ENR. La escuda. (Con marcada intención.)
ART. Vida por vida.
Antes que ser parricida
sé asesino... Hiere!
CAR. Ah! (Esta frase la dirá el actor bajo la idea de quedar plenamente persuadido de que es Arturo el amante de María.)

TELON RÁPIDO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración que en el anterior.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE *y* PEDRO.

ENR. Aun no vino?
PED. No señor.
ENR. Ya su tardanza me extraña!
Y María?
PED. Tan sumida
en su dolor que da lástima
ver su augustia y su quebranto.
ENR. Duelos de la vida humana;
miserias de la materia
y aberraciones del alma!
Penas que nosotros mismos,
por puerilidades vanas
que si al pronto satisfacen
después del delirio cansan,
nos procuramos, sin ver

que al incurrir en la falta
vamos haciendo girones
honra y dicha. Pero calla
que alguno se acerca. Es Carlos.
(Observando al foro.)
Retírate, y fuera aguarda
por si es preciso.

PED. Así haré.

ENR. Ya llega... Tengamos calma.

ESCENA II.

CARLOS *y* ENRIQUE.

(El primero, profundamente abatido, deja el sombrero y el gabán que trae al brazo sobre una silla.)

CAR. Tú aquí solo.

ENR. Ya lo ves.

CAR. Que me place.

ENR. Lo celebro
pues yo también anhelaba
hallarte á solas. (Me pierdo
si vacilo.)

CAR. Aquí á mi lado
siéntate, pues, un momento,
(Sentándose en el diván.)
y escucha con atención
lo que decirte pretendo.

ENR. (Serenidad!) Ya te escucho
(Se sienta también.—Ligera pausa.)

CAR. Perdóname si me veo
obligado á recordarte
en este instante otros tiempos
de más dicha, en los que juntos
sin pesares ni tormento,

viviamos, nuestras penas
y alegrías compartiendo.
Perdona si á tu memoria
he de traer el recuerdo
de una página tristísima
de tu vida. Me refiero
al día aquel que tu padre
agonizante en el lecho
de muerte, nos dió á los dos
su despedida.

ENR. (Oh tormento!)

CAR. Perdona si á mi pesar
este día te recuerdo
las postrimeras palabras
de aquel venerable viejo
que te dió el ser... Ya espirante,
con débil y triste acento
me dijo con ansia: Carlos,
se acerca el fatal momento
de mi muerte; ya en mis ojos
no fulguran los destellos
de esa lámpara que alumbra
mi estertor; el mundo dejo
resignado; sólo ansío
para llegar satisfecho
á la presencia de Dios,
que des á este pobre viejo
promesa de protejer
á Enrique. Sólo le lego
por herencia, un nombre honrado.
Tú eres rico y eres bueno;
atiéndele; si así cumples,
Dios te bendiga en el cielo
como te bendigo yo
en mi postrimer momento!

ENR. Carlos!

CAR. Enjugué su llanto;
tomé con ferviente anhelo

el crucifijo que asido
tenía, y por el recuerdo
de aquel mártir que en el Gólgota
sufrió afrentoso tormento,
le juré no abandonarte.
Alzó los ojos al cielo;
quiso hablar, pero fué en vano:
intentó un supremo esfuerzo
conseguir, y entre sus brazos
nos estrechó con anhelo.
Ahora bien; de mi promesa
siempre esclavo, ni un momento,
como sabes, me olvidé.
Desde el día que los restos
de tu padre que esté en gloria
santa sepultura hubieron,
mi casa quedó por tuya;
mis caudales tuyos fueron.

ENR. (Qué sonrojo!)

CAR. En santo lazo
me uní á María, y por esto
ni de mi casa saliste
ni el suyo amenguó el afecto
fraternal, sincero y noble
que por tí en el alma aliento.
Con su amor y tu amistad
hice de mi casa un templo
en el que culto he rendido
á los más puros afectos
que puede el alma alentar.
Mas, ay! El destino adverso
vino á eclipsar en un día
todo el venturoso anhelo
que en tres años fuí hacinando
en el fondo de mi pecho.

ENR. (Soy un villano!)

CAR. Oye, Enrique.
Ella, con tenaz empeño

sostiene que eres la causa
de esta angustia y de este duelo.
Dice que eres un infame,
un villano, y un engendro
de maldad. Que es inocente;
que has inventado perverso
la más inicua calumnia
cegado por el deseo
de conseguirla; que es falso
cuanto dices, y yo quiero
que esta noche, frente á frente,
descorras el denso velo
que alucina mi razón
y embarga mi pensamiento.
Mira; yo sé lo que son
las pasiones; yo comprendo
que hay momentos de extravío
en la vida; juzgo y pienso
que á veces somos malvados,
miserables y perversos,
obrando por sugestión
de algún influjo maléfico,
que con saña despiadada
corroe nuestro cerebro.
Yo, que todo esto adivino;
yo que todo lo comprendo,
no extrañaré si me dices
que alucinado y sujeto
por infamante pasión
que algún satánico engendro
te inspiró, llegar pudiste
á fraguar tan vil y artero
proceder. Si fuera así;
si aun puede á tu pensamiento
llegar un rayo de luz
que con mágico destello
pueda hacerte comprender
tu maldad, ve que aun es tiempo

de acreditar su inocencia.
ENR. (Oh, cuán horrible tormento!
Por qué tan firme y tenaz
llegó á arraigarse en mi pecho
esta insensata pasión
que me subyuga, y no puedo
desechar!)
CAR. No me respondes?
Habla, Enrique; te lo ruego
por lo que más en el mundo
puedas querer: por el beso
que te dió al morir tu padre!
ENR. (Oh, qué angustia!)
CAR. Ve que tengo
pendiente de tu palabra
mi infortunio ó mi consuelo!
Si lo que dice María
es verdad; si fuese cierto
tu extravío, nada temas,
dímelo; que yo prometo
perdonarte; y aunque vivas
lejos de mí, no por esto
he de olvidar la promesa
que hice á tu padre en el lecho
de muerte. Si fuese así,
de todo cuanto poseo
toma lo que necesites,
lo que quieras, cuanto tengo;
que todo, todo lo diera
por su amor y por su afecto!
ENR. Basta, Carlos, no pensé
que llegaras al extremo
de dudar de mí; mas ya
que lo contrario estoy viendo,
hoy mismo abandonaré
esta casa, pues no puedo
consentir en modo alguno
ser causa de tu tormento.

CAR. Dudar de tí... Qué te extraña?
No es ella mi amor, mi cielo,
mi esperanza y mi ventura?
No asegura que no es cierto
su deshonor, y aunque miro
sus lágrimas y sus ruegos
dudo también? Pues si de ella
llegué á dudar no creyendo
sus palabras, qué te extraña
que dude de tí?

ENR. Sospecho
que avasallador delirio
va infiltrando en tu cerebro
sutilezas de demencia
ó efluvios de loco empeño!
Su deshonra ha de mostrar?
Cómo sin llantos ni ruegos
llegar á tí, si esos son
los únicos argumentos
que puede darte en abono
de su inocencia? Cumpliendo
con mi deber, no te dí
clara prueba de su artero
proceder? Pues si tal hice
qué más ya ofrecerte puedo?

CAR. Mucho!

ENR. Pues habla al instante
que siempre estaré dispuesto
á servirte.

CAR. Mira, Enrique!
por aquel último beso
de tu padre, has de jurar
si mi deshonor es cierto
ó es inocente María.
Ve que te oye desde el cielo
aquel venerable anciano
que te dió el ser; no perverso
llegues á jurar en vano;

repara que es mucho peso
el peso de la conciencia;
alza los ojos del suelo
y mírame frente á frente:
así.

ENR. Carlos!

CAR. Ya lo espero
con ansia!... Jura!

ENR. Pues bien!
Por aquel último beso
de mi padre.. yo te juro
que tu deshonor es cierto.

CAR. Oh!

ENR. (Lucifer, me has vencido:
ya soy tuyo en alma y cuerpo!)
Ella se acerca.

CAR. No más
ante mí mirarla quiero.
Ay, cuán horrible pesar
en el corazón aliento! (Vase por la lateral izquierda. Enrique se retira al foro.)

ESCENA III.

MARÍA *y* ENRIQUE.

(La primera, visiblemente emocionada, dirige la vista á la habitación donde entró Carlos.)

MAR. Se aleja huyendo de mí!
Oh, implacable desventura!
Siempre igual!... Ay, qué amargura!
(Ensimismada se deja caer en el diván.)

ENR. María!

MAR. Quién?... Usté aquí!

ENR. Si es esclava mi pasión
del inmenso amor que aliento!
MAR. Ved mi angustia y mi tormento
y respetad mi aflicción.
Olvidadme!
ENR. Empeño vano!
Decid al mar cuando ruge
que detenga el rudo empuje
de su poder sobrehumano,
y al punto apreciar podreis
vuestro quimérico empeño!
No sabeis que no soy dueño
de mí mismo?... No sabeis
que en esta lucha insondable
del deber con el amor
he sido infame y traidor,
vil, perjuro y miserable,
cegado por la altivez
de esta insensata pasión
que surge en mi corazón
más vehemente cada vez?
MAR. Basta ya, que vuestro acento
me hiere con su impureza!
Ya no más vuestra vileza
hallará en mi pecho aliento!
Uno sobra de los dos
en esta mansión de duelo.
Si Carlos no ve mi anhelo;
si de su delirio en pos
camina, y su desvarío
le esclaviza y encadena;
si gozándose en mi pena
no comprende su desvío;
si en su mente impera más
que mi amor su fanatismo,
saldré de esta casa hoy mismo
para no volver jamás.
(Hace sonar un timbre que habrá encima del velador.)

ENR. Qué haceis?
MAR. Decidir mi suerte.
ENR. No temeis?...
MAR. No temo nada.
si he de vivir despreciada
poco me espanta la muerte.
ENR. Ved... (Pedro aparece en la puerta del foro.)
PED. Llamábais?
MAR. Al señor
anunciarás al momento
que aguardo en este aposento
para hablarle. (Vase Pedro lateral izquierda.)
ENR. Su furor
no temeis?
MAR. Qué puede hacer?
Matarme? Pues bien; prefiero
morir, á sufrir tan fiero
y espantable padecer.
ENR. María, vez que ofuscada
caminais hacia el abismo!
Ved que Carlos con realismo
sin igual juzga probada
su deshonra, y será en vano
que mostreis vuestra inocencia.
Ved en cambio la vehemencia
de mi inmenso amor!
MAR. Villano!
Ya no sé cómo mostrar
el odio que me da aliento.
ENR. A solas luego un momento
os quiero, María, hablar.
Como usted, también ansío
mi destino decidir:
si es cruel vuestro sufrir,
irresistible es el mío.
Sitio es este bien seguro;
aquí os aguardo á las diez.
Será por última vez;

por última; yo os lo juro.
MAR. (Oh Dios! Qué rayo de luz
alumbró mi inteligencia?
Él mostrará mi inocencia;
él mismo el denso capuz
que empaña mi limpio honor
rasgará con lo que intenta.
Alienta, esperanza, alienta.
Aun puedo lograr su amor!)
(Hace á Enrique una señal de aprobación.)

ESCENA IV.

Dichos y CARLOS.

(Este seguido de PEDRO que vase por el foro.)

CAR. Reprimiendo mi ansiedad
y accediendo á tu deseo
vine á escucharte: ya puedes
hablar.
MAR. Lo haré. Mas primero
preciso será que á solas
un instante nos hallemos.
He de hablarte sin testigos.
ENR. (Qué pretende!)
CAR. (A Enrique.) Yo te ruego... (Vase izquierda.)

ESCENA V.

MARÍA *y* CARLOS.

Solos estamos cual ves.
Qué pretendes?
MAR. Mostrar quiero
mi inocencia y tu desvío.

CAR. Tu inocencia! Loco empeño!
Quién puede borrar, villana,
lo que en este torpe pliego
grabó tu mano? (Mostrando una carta.)
MAR. Oye, Carlos.
Observa que te lo ruego
por la vez postrera; juro
por el bendito recuerdo
de mi madre, que esa carta
es sólo un vil instrumento
de venganza. Ve que escrita
fué por mí, no conociendo
los propósitos menguados
de una infame, que fingiendo
con sutileza y astucia
su ignorancia, sus intentos
consiguió haciéndome ver
que era el suplicado pliego
para su amante. Sencilla
á sus palabras dí crédito,
y estampé al final mi nombre
igual al de ella.
CAR. De nuevo
vuelves á insistir, traidora!
Juzgas que escuchar pretendo
tus frases mentidas? Basta:
si tan solo para esto
quisiste verme, por Dios
que anduvo tu pensamiento
torpe y vago! Ya no más
con lágrimas ni con ruegos
tus propósitos villanos
conseguirás; en mi pecho
ya no hay lucha; ya no dudo;
ya la realidad aliento
de mi deshonor... Ya en vano
será tu impúdico anhelo.
Sólo con pruebas pudieras

calmar mi horrible tormento,
y ya sé que es imposible
que las muestres!

MAR. Y si puedo
ofrecértela cumplida?

CAR. Delirio!... Insensato empeño!
Quién te la puede ofrecer?

MAR. El mismo que vil y artero,
supo en tu pecho engendrar
tan espantoso tormento.

CAR. Y aun insistes? Aun te atreves
á calumniarle?

MAR. Te ruego
que un instante nada más
me escuches en calma, y luego
procede como mejor
estimes... Hace un momento
nueva vez su torpe labio
me declaró el vil deseo
que le alienta.

CAR. Y eso dices?
Pensaste que creer puedo
tus palabras, cuando ha poco
por aquel último beso
de su padre me juró
que tu deshonor es cierto?
Piensas que fuera insensato
á jurar con vano empeño?

MAR. Nada hallo en él imposible
y todo en él lo comprendo!
Que el que ha sido tan traidor,
tan miserable y artero
para ultrajar á quien debe
nombre y honor, ya presiento
que descender puede á todo.
En este mismo aposento
me citó; quiere á las diez
hablarme; ya poco tiempo

falta, como ves. Oculto
puedes escuchar: si es cierto
lo que diciéndote estoy,
castigarle sabrás luego.
Si es que soy yo la culpable,
dispón de mi vida.

CAR. Accedo.
Ay de tí, si me engañaste!
Ay de él, si fué tan perverso!
(Vase lateral izquierda)

MAR. Corazón, espera en calma!
Honor, alienta en mi pecho!
(Vase primera derecha.)

ESCENA VI.

ENRIQUE.

Oh! Me ampara Lucifer!
Vano tu intento será;
que luego Carlos verá
más noble mi proceder.
Mía, mía habrás de ser
sin que me amedrente nada.
Está mi suerte jugada
y por mi mal ó mi bien,
veremos quién vence á quién,
María, en esta jornada.

ESCENA VII.

ENRIQUE *y* ARTURO.

(El último aparece en la puerta del foro, al terminar ENRIQUE el parlamento.)

Usted aquí?
ART. Anhelaba
poder hallaros á solas,
y al fin contemplo con ansia
mi pretensión satisfecha.
ENR. Olvidais que en esta casa,
por quien puede, en absoluto
se os prohibió la entrada?
ART. Frente á la ley del poder
hay otra ley que se llama
del honor; ley imperiosa
digna de ser respetada
cual ninguna; ley que invoco
en defensa de una dama
villanamente ofendida:
ley que infama al que la mancha:
excelsa, grande, suprema,
ley que me trae á esta casa
de la que el poder me arroja
y á la que el honor me lanza.
ENR. Y os atreveis?...
ART. A pedir
reparación pronta y amplia
de una infamia á un miserable?
Y lo dudais! Si ignorara
todo lo inícuo que sois,
por Dios, que prueba bien clara
tuviera en este momento
de vuestra vileza
ENR. Basta!

Salid de aquí.

ART. O no me explico,
ó no entendeis mis palabras.
Salir de aquí sin cumplida
satisfacción?... Os engaña
vuestra propia cobardía!
Creeis que vine á esta casa
para dejar sin reparo
acción tan ruin y villana
cual la que habéis cometido?
Acaso, infame, pensabais
que me faltara valor
para venir en demanda
de reparación, en nombre
de la mártir desolada,
en cuyo honor intachable
vertió la calumnia mancha
tan profunda, que tan solo
puede en justicia lavarla
vuestra sangre? Pues por Dios
que si así fué mal pensabais!

ENR. Dejad tan bravos estremos;
poned vuestra furia á raya,
que no es este el mejor sitio
en el que podeis mostrarla.

ART. Elegidle á vuestro antojo!

ENR. Sí lo haré; mas tened calma,
que ni amenazas me arredran
ni fierezas me acobardan.

ART. Vamos, pues!

ENR. Mal con lo expuesto
se aviene impaciencia tanta!

ART. Salgamos!

ENR. (Áh! Satanás
me inspira! Probemos.)

ART. Armas
conmigo traje. Si el huerto
de esta casa no os agrada

para el caso, abajo un coche
nos espera; cual os plazca
elegid sitio; mas pronto,
que la impaciencia me abrasa.

ENR. Si reparación buscais,
juro que si de esta casa
llegais á salir, cumplida
podreis, Arturo, encontrarla.
Mas, calma; que aun os conviené
escucharme.

ART. Será vana
tal pretensión.

ENR. Un instante.
Ved que anhelo...

ART. Se me alcanza.
Escusaros de reñir,
dando tiempo á que á esta estancia
llegue quien pueda estorbar
lo que tanto miedo os causa.

ENR. Mal me juzgais!

ART. Aun mejor
de lo que debo!

ENR. Ya basta!
Reportaos un instante
nada más, y oid en calma
lo que en favor de María
quiero hacer, por si contraria
llegara á serme la suerte
esta noche en la demanda.
Si menos afortunado
que usted, sin vida quedara,
qué lograreis con mi muerte?
Acaso la densa mancha
que el limpio honor de María
con tinte sombrío empaña
podeis borrar? Su inocencia,
que sólo yo en tal jornada
puedo acreditar cumplida,

pudiérais con prueba clara
mostrar á Carlos después
de mi muerte? Quién la llama
de los celos, que en su pecho
surje voraz, apagara
sin mi confesión sincera?
Quién su inocencia probara?

ART. Hablad pronto, que ya surgen
en mi mente acalorada
turbonadas de extravío
entre efluvios de venganza,
y acaso no he de poder
ahogar la densa borrasca
que ruge en mi corazón
y altiva al cerebro avanza.

ENR. Si contraria la fortuna
me fuera, no es tal mi infamia
que consienta la desdicha
de María. En una carta
que firmaré, su inocencia
quiero mostrar; tened calma
breves instantes no más.
Pocas serán las palabras
que he de emplear; sin recelo
aquí entrad, que terminada
mi declaración, al punto
nos batiremos.

ART. Oh! Basta,
pues sospechándome estoy
que por miedo á mi venganza
tan solo buscando estais
con esa intriga villana
el medio de no acudir
á donde el honor os llama.

ENR. Ved que por ella os imploro!

ART. No me fío. Será vana
vuestra insistencia.

ENR. Mirad

que el tiempo rápido pasa;
ved que Carlos ó María
pueden llegar á esta estancia,
y entonces...

ART. Cinco minutos
os doy; escribid la carta
que acredite la inocencia
de María, que alcanzarla
me prometo en esta noche
viéndoos sin vida á mis plantas,
aunque el infierno os escude
y os dé satánica rabia
para luchar.

ENR. Sea pues:
entrad.

ART. Espero con ansia! (Vase segunda derecha.)

ESCENA VIII.

ENRIQUE.

Al fin mi anhelo logré!
Ahora, María, veremos
quién á los ojos de Carlos
es el miserable! Vértigos
de ansiedad siento que surgen
en mi abrasado cerebro!
Hábil lazo me tendiste
ingeniosa; mas sospecho
que preso en sus propias redes
has de ver tu loco empeño.
(Un reloj de pared marca las diez.)
La hora!... No me abandones
ilusión de mis ensueños!
Esperanza, sufre en calma!
No del fondo de mi pecho

á mi semblante broteis,
cuitas del amor que aliento!
No me vendas, corazón,
ó te arranco de mi pecho.

ESCENA IX.

MARÍA, ENRIQUE *y después* CARLOS.

Ella!
MAR. (Inspiradme, Dios santo!)
ENR. (Serenidad!)
MAR. Accediendo
á vuestros ruegos, cual veis
vine á escucharos; el tiempo
aprovechar es forzoso;
hablad ya pues.
ENR. No pretendo
cansaros mucho esta noche.
Solos en este aposento
estamos; nadie nos oye,
y hablar libremente puedo.
María, sois una infame!
MAR. (Qué dijo este hombre!)
ENR. Ya es tiempo
de que halle ejemplar castigo
vuestro proceder perverso!
MAR. (Es realidad lo que escucho,
ó tortura á mi cerebro
cruel pesadilla?)
ENR. Carlos
es el hombre á quien yo debo
nombre y honor, y su honra
como mía la contemplo!
Por eso vuestra vileza
le mostré.
MAR. ¡Ay Dios!

ENR. Por eso
quise hablaros esta noche,
pues que consentir no puedo
la nueva infamia que habeis
realizado, en menosprecio
de su honor!
MAR. Triste de mí!
ENR. Ya sé que en ese aposento
(Señalando á la segunda lateral derecha.)
contiguo está vuestro amante.
MAR. Mentís, miserable!... (Siento
que bate sus negras alas
la muerte ante mí!)
ENR. En secreto,
por la puerta del jardín
le admitísteis; mas su anhelo
no ha de lograr, que sobrados
bríos en mi pecho aliento
para castigar su infamia
frente á frente y cuerpo á cuerpo!
(En este instante llega Carlos á escena por la lateral izquierda.)
CAR. Basta!
MAR. ¡Jesús!
CAR. Por mí mismo
ver tu villanía quiero! (Se dirige á la segunda lateral derecha, mas en el mismo momento aparece en escena Arturo. Carlos al verle retrocede y María hace una marcada demostración de asombro.)

ESCENA X.

Dichos y ARTURO.

Él!
MAR. Arturo!
CAR. (A María con furor.) Ya no más
descender puedes al lodo!

Niégalo ahora!... Ya todo
tu cinismo no podrás
ocultar ante mis ojos...
mujer infame y traidora!
Aleve!... Niégalo ahora
sin lágrimas ni sonrojos!

MAR. Ay Dios!
(Sollozando amargamente fija la mirada en el suelo.)

CAR. Hora es de probarte
sin compasión ni quebranto,
que yo sé odiar tanto... tanto,
como he sabido adorarte! (Acercándose á la mesa.)

MAR. Dónde vas, Carlos?

CAR. En pos
de mi honra y tu castigo! (Se dirige con ansiedad á la mesa, de la que toma dos pistolas que habrá en una caja.)
Pronto!... Aquí hay armas!... Testigo
de nuestro duelo sea Dios!

ART. Breves momentos escucha,
y observa bien que no intento
ni dar al pavor aliento
ni treguas dar á la lucha.
Por mi honor de caballero
yo te juro en este día
que es inocente María,
y ese hombre un vil y un artero.

MAR. Carlos! (Conteniéndole.)

CAR. (Rechazándola.) Aparta! (A Arturo.) Ya siento
mi sangre hervir y repara
que he de escupirte á la cara
si no sales al momento.

ART. Carlos... Por última vez
suplico... Escucha.

CAR. Ya es tarde!
Eres vil, y á más cobarde?
No cabe mayor doblez!
(Carlos y Arturo se disponen á salir; María se interpone entre ambos.)

MAR. No saldreis!... Infausta suerte!
ART. Deja! (Á María.)
MAR. Piedad! (A Carlos.)
CAR. Fementida!
ART. Vamos pronto! A muerte ó vida!
CAR. Bien digiste!... A vida ó muerte!
Que el odio que por tí siento
ni le puedes comprender
ni puedo en mi padecer
dar forma en mi pensamiento.
Sangre... y mucha. Tanta pido
que no he de verter bastante
para lavar la infamante
mancha de mi honor herido.
Ahora la tuya: después
la de ella con ansia loca.
Mi rabia, infierno, te invoca;
surge implacable á mis pies.
(Vanse por el foro, cerrando por fuera la puerta, para impedir la salida de María.)

ESCENA XI.

MARÍA *y* ENRIQUE.

(La primera llega hasta el foro en pos de Carlos y Arturo.)

MAR. Carlos!... Arturo!... Oh dolor!
(Golpeando la puerta.)
Y esta puerta que no cede!
ENR. (Nadie sorprenderme puede:
sólo calma en derredor!)
MAR. Auxilio!... Aquí!
ENR. Está jugada
tu suerte y clamas en vano.
No hay esperanza!

MAR. Villano!

ENR. No esperes de Carlos nada.
Si vence, ya has escuchado:
odio eterno, inextinguible!
Si muere, martirio horrible!
Ya nos hemos igualado!
Huyamos lejos de aquí!

NAR. Jamás!

ENR. En lejano suelo,
libre de angustia y de duelo,
tendrás un esclavo en mí.
Con él, angustia y quebranto;
eterna lucha y martirio.
Conmigo, amante delirio!

MAR. Infame! Me dais espanto!
Favor! (En alta voz.)

ENR. Nadie te ha de oir!

MAR. Carlos!... Huye!

ENR. Vana empresa!
Quién quita al león la presa
cuando comienza á rugir?
Salgamos!

MAR. Por compasión!
Teme á Dios!

ENR. Nada me espanta!
Conmigo! (Queriéndola obligar á salir.)

MAR. No! (Resistiéndose.)
(En este instante se oye la detonación de un arma de fuego.)
¡Virgen santa!
Deja, infame!

ENR. Maldición!
Pronto!
(Enrique se aleja de escena por la lateral izquierda. María gana con avidez la distancia que la separa del foro. En el mismo momento, Arturo, visiblemente emocionado, aparece en la puerta del foro. María, al verle, retrocede espantada.

ESCENA XII.

MARÍA *y* ARTURO.

MAR. Muerto?
ART. No lo sé.
El azar me deparó
tirar primero; esperó
puesto en guardia, y disparé.
Surgió fugaz resplandor;
silbó el plomo traicionero
y escuché un ¡ay! lastimero
y una blasfemia.
MAR. ¡Qué horror!
ART. Después... espantable calma:
sombras y abismo á mis pies.
Remordimiento después,
y ahora, angustia en el alma.
Vengada, y no redimida,
quedó tu honra mancillada!
Ya somos en tal jornada
tú mártir y yo homicida!
MAR. ¡Oh espantable desventura!

ESCENA ÚLTIMA

Dichos. CARLOS *y* ENRIQUE.

(Los dos últimos por el foro.)

CAR. Déjame, que verla ansío! (Desde dentro.)
MAR. Él!... Escuchaste?
(En este instante llega Carlos á escena, gravemente herido apoyado en los brazos de Enrique.)
¡Dios mío!
¡Carlos! (Llegando hasta él.)

CAR. (Con voz apagada.) Aleve!... Perjura!
Tus sentimientos villanos
tarde llegué á comprender.
Ven, que aun me sobra poder
para ahogarte entre mis manos.
MAR. Jesús!
ART. (A Carlos.) Cesa en tu delirio.
CAR. Acércate! (A María.)
(Enrique coloca á Carlos en una butaca.)
MAR. Sí! Y advierte
que es preferible la muerte
á esta vida de martirio! (Se dirige á Carlos.)
ART. No ha de ser! (Cerrándola el paso.)
MAR. Deja. ¡Oh, tormento!
Para qué quiero la vida,
si es ya una nave perdida
en el mar del sufrimiento!
CAR. Llega, impía!
MAR. (Llegando á su lado.) Tuya soy!
ART. María!
CAR. Sí!... Bien digiste!
De todo el mal que me hiciste,
á tomar venganza voy!
ENR. ¡Carlos!
CAR. Mía! (A María.)
MAR. Sí; tu esclava!
ART. Cede! (A Carlos.)
ENR. Deja! (Idem.)
CAR. Ven! Así! (Estrechándola con furor.)
Ahora... tu vida!
(Intenta incorporarse, pero debilitado por la falta de sangre, vuelve á caer desplomado sobre la butaca, preso de visible desfallecimiento.)
¡Ay de mí!
MAR. ¡Jesús!
CAR. Mi... vida... se acaba!
MAR. Carlos!... Tortura espantable!
(Postrada junto á Carlos.)

CAR. Me... ahogo!

MAR. El cielo es testigo
de mi honor!

CAR. Yo... te maldigo!
(Acometido de un síncope, queda postrado en la butaca.)

MAR. ¡Jesús, qué horror! (Dando un grito de angustia.)

ART. Miserable!
(A Enrique, con reconcentrada furia.)

TELÓN LENTO.



ACTO TERCERO.

La escena representa una sala de una quinta situada junto al mar. Todos los muebles son antiguos. Puertas laterales y al foro. Á la derecha del foro un armario. En segundo término, derecha, una ventana que se supone da al mar, la cual se hallará abierta. Á la izquierda, en primer término, mesa con lámpara encendida. Á la izquierda del foro una panoplia con diferentes armas y atributos de caza.—Á intérvalos penetra por la ventana el resplandor del relámpago.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO *y* MIGUEL.

PED. Valiente noche!
MIG. Sin duda
que se escapó del infierno
alguna legión de diablos
y están danzando revueltos
por entre ese laberinto
de escarpados vericuetos.
PED. Pues sabes que es divertido
vivir aquí? No comprendo
la belleza de esta vida

solitaria! Qué silencio;
qué calma tan insufrible!
Qué monotonía!... Puedo
asegurarte, Miguel,
que si no cambia el aspecto
de las cosas, y á Madrid
con el cuento no volvemos
antes que el paso nos cierren
los rigores del invierno,
pienso que en estas montañas
voy á dejar el pellejo.

MIG. Ya te irás acostumbrando
si aquí sigues mucho tiempo.

PED. Lo dudo. Que no es muy fácil
amoldarse á este concierto
tan ruidoso. Cinco meses
hace ya que entre estos cerros
estamos, y siempre igual:
todos los días tenemos
idéntica sinfonía
de relámpagos y truenos.

MIG. Yo no sé por qué el señor
encontrándose ya bueno
sigue aquí; quizá en Madrid
fueran sus pesares término
hallando.

PED. Mucho te engañas:
firme se arraigó en su pecho
la duda, y así á seguir,
mal desenlace preveo
el mejor día.

MIG. Tú insistes
en creer?...

PED. Sigo creyendo
que es la señora inocente,
y que esta angustia y tormento
fruto son de vil infamia.

MIG. Y cómo explicas?...

PED. No acierto
á expresarme claramente
ni á comprender lo que pienso
de este caso. Don Enrique
fuera villano y perverso
si á quien debe honor y nombre
diera tan menguado premio
en pago de los favores
que recibió. Juzgo y creo
que es honrada la señora.
Don Carlos con firme empeño
ve su deshonor, y en pruebas
harto fundadas su anhelo
tiene arraigo. El señorito
don Arturo, con aliento
decidido, bravo y noble,
aceptó impávido el duelo,
y arriesgó su propia vida
en la lucha, sosteniendo
la inocencia de su prima
y el infamante y artero
proceder de don Enrique

MIG. De suerte?...

PED. Que en todos veo
razón, y de todos dudo;
de todos por igual, menos
de la señora; pues de ella
jamás dudé ni un momento.
Pobre mártir!

MIG. Digna es
de lástima. No comprendo
cómo puede soportar
resignada tal tormento.

PED. Poco la viste sufrir!
Mientras postrado en el lecho
de muerte miró á su esposo,
con qué dulcísimo anhelo
le atendió! Sin sus cuidados,

el satisfactorio término
de la herida, hubiera acaso
tomado distinto aspecto;
así aseguró el doctor.
¡En cambio, menguado premio
recibió poco después!

MIG. Es verdad!

PED. Cuando recuerdo
aquel día!... No fué mucho
denegarla hasta el consuelo
de acudir junto á su lado
en el instante supremo
de dar vida al tierno ser
fruto de su amor inmenso,
sino que á más, despiadado
le alejó con vil pretexto
de su madre, así una prueba
dando de sus sentimientos
inhumanos.

MIG. Dices bien.

PED. Vamos!... Si sólo al pensarlo,
cual si fuese un niño tiemblo.
A una tierna criatura
tomar por vil instrumento
de venganza! De salvajes
sólo es obra.

MIG. Sí por cierto.
Pobre madre! Y nada sabe
de su hijo?

PED. Loco intento!
Mucho rogó: pero en vano
fueron lágrimas y ruegos.
Si como voy sospechando,
ó á mejor decir, creyendo,
todo esto fuera una infamia
de don Enrique...

MIG. Silencio.

(En este instante se escucha el sonido de una esquila.)

Él es de fijo quien llama.
Yo abriré. (Vase foro.)

PED. Cuando le veo
parece que veo al diablo.
No sé qué hay en él siniestro.

ESCENA II.

Dicho. ENRIQUE *y* MIGUEL.

(Enrique en traje de caza.)

MIG. Vuestra tardanza impacientes
nos tenía... Mas, qué os pasa?
(Reparando en Enrique que llega con la ropa manchada y en desorden y con algunas manchas de sangre en las manos. Durante el diálogo dará muestras de profundo abatimiento.)
Venís enfermo?

ENR. (Dejando la escopeta.) No.

PED. Acaso
algún lance...

ENR. No fué nada.
Pudo ser: mas por fortuna
fué poca cosa.

PED. Bañadas
en sangre están vuestras manos.

ENR. Lo sé; ligeras rozadas
que me causé en mi delirio.
Mas no os inquieteis. Ya en calma
me encuentro.

MIG. Qué os sucedió?

ENR. Cuando del monte bajaba
ansiando el valle ganar,
huyendo de la borrasca
que ya sobre mí imponente

batía sus negras alas,
próximo ya á la salida
del barranco, una descarga
eléctrica me privó
del sentido: á la hondonada
me desplomé en el instante,
y allí entre las escarpadas
quebraduras largo tiempo
permanecí, perturbada
mi razón por delirante
fiebre: pero á la calma
fuí volviendo poco á poco,
y al fin logré hasta la falda
del monte llegar. Allí
mis fuerzas debilitadas
reanimar pude en la choza
de una próxima majada,
y hasta aquí vine. Esto es todo.

PED. Buen trance!

MIG. Pícara caza!
Bien os dige yo al salir
que era una locura: estaba
la tarde ya muy revuelta.
Aquí en el armario hay árnica:
si quereis...

ENR. No lo preciso.

MIG. Quereis que avise?

ENR. No... nada
por ahora quiero. Sólo
eon que descanse me basta.
Me hallo bien; si tus servicios
acaso me hiciesen falta,
ya te avisaré. Así, ahora
dejadme á solas: me cansa
el hablar y necesito
reposar.

PED. (Mal en la caza
le fué.) (A Miguel.)

MIG. Pues ya lo sabeis;
si algo os ocurre...

ENR. Ve en calma.

(Pedro y Miguel vanse foro.)

ESCENA III.

ENRIQUE.

En vano vencer intento
la ansiedad que me devora!
¿Qué pesadumbre traidora
me causa angustia y tormento?
Aleja de mí la calma
afán que nunca sentí.
No sé qué aliento, ¡ay de mí!
en el fondo de mi alma!
Alucina mi razón
lucha de ruda inclemencia!
Acaso es que mi conciencia
demanda reparación?
Fué quizá ilusión mentida
que alenté?... En mi calentura
vi flotar vaga figura
de la tormenta surgida,
que con lúgubre lamento
me dijo airada: Villano!
Llegaste á jurar en vano
por tu padre, y ya el momento
se acerca de tu castigo!
No hay para tí compasión!
Dios te niega su perdón,
y yo, Enrique, te maldigo!

(Profundamente emocionado permanece inmóvil. De pronto, con la mirada inquieta y con marcada excitación nerviosa, dice:)

Y no hay duda, no! Aun le veo
frente á mí!... Sí... Inexorable
se acerca!... No es espantable
creación de mi deseo. (Fijando la rodilla en tierra.)
No, padre, no; por piedad!
No me siga tu inclemencia!
Aun puedo con penitencia
dar castigo á mi impiedad!
No me maldigas, detente:
juro que no hay culpa en ella;
yo logré que su doncella
la engañara; es inocente!
Si fué grande mi maldad
mayor es hoy mi deseo
de hacer bien!... Ya no le veo!
Huyó! (Poniéndose en pie.)
Pronto: la verdad
quiero decir. Aun es ahora
de dar calma á mi conciencia,
y de mostrar la inocencia
de María!... No traidora
luches más en mi razón
vil pasión que acaricié!
Todo lo confesaré
por escrito; mi traición
sepa Carlos pronto así,
que fuera imposible intento
hablarle... Ya no me abrasa
vil pasión. Sí; de esta casa
quiero salir al momento!
Alguien llega!... Carlos es!
Que no vea mi ansiedad!
Ahora, á decir la verdad!
A huir por siempre después!
(Vase primera izquierda.)

ESCENA IV.

CARLOS, *después* PEDRO.

(Carlos por la segunda izquierda.)

CAR. Fuerza es ya terminar este suplicio.
(Hace sonar un timbre que habrá en la mesa.)
PED. Me llamaba el señor? (A la puerta foro.)
CAR. Escucha, Pedro.
Por si amanece en calma la mañana,
todo esta noche dejarás dispuesto
para salir.
PED. Lo haré... Más no mandais?
CAR. Nada más necesito.
PED. (Ya era tiempo.) (Vase.)

ESCENA V.

CARLOS y MARÍA.

CAR. Lejos de ella he de estar; que si más miro
su angelical belleza, ya sospecho
que he de olvidar su infamia, ó en mi arrebato
he de llegar donde llegar no quiero.
MAR. (Él aquí!... No pensé...)
(Por la segunda derecha.)
CAR. Tanto te pesa
verte á mi lado? Mas tu afán comprendo!
Siempre huyendo de mí! Siempre esquivando
mi presencia! Traidora!... Tanto miedo
te he llegado á inspirar? Tanto te asusta
mirarme frente á tí?

MAR. (Rudo tormento!)
CAR. Pues á librarte voy de tal suplicio.
Mas tiembla, y oye lo que hacer pretendo!
A Madrid partiré al rayar la aurora,
mientras que á solas tú con el recuerdo
de tu deshonra quedarás aquí
sin mano amiga que te dé consuelo.
MAR. Carlos! Carlos!... Por Dios!
CAR. Lo más preciso
para vivir tendrás. Bajo este techo,
olvidada del mundo, estar te resta
con tu conciencia á solas, bajo el peso
de tu horrible maldad. Será esta casa
cárcel sombría para tí, y te ofrezco
que en ella habrás de estar hasta que tu alma
vaya á rendir á Dios tributo eterno.
Por la postrera vez me estás mirando!
Si arrepentida, un día á tu cerebro
baja un rayo de luz explendoroso
que te recuerde mi sufrir inmenso!
Si en tus horas de calma pensar puedes
lo mucho que te amé, pídele al cielo
perdón para tu culpa!
MAR. Escucha, Carlos!
Cuanto imposible juzgues, yo te ofrezco
en prueba de mi honor: si así lo quieres,
en ese mar cuyos rugidos siento,
la muerte encontraré; mas, mientras viva,
no me niegues, por Dios, Carlos, tu afecto;
que sin tu amor, la vida me es tan solo
rudo suplicio y pertinaz tormento!
Apiádate de mí!
CAR. Cómo, traidora
he de alentar halagador anhelo?
Del corazón no brota la ventura?
No es él el manantial del sentimiento?
Si destrozaste el mío despiadada;
si inerte está en mi dolorido pecho,

cómo quieres que sienta? Dime, impía;
cómo habrá de latir si ya está yerto?

MAR. (Qué haré para mostrarle su desvío?
Cómo llevar la luz á su cerebro?)

CAR. Ya para tí no existo!... Adiós por siempre.
(Medio mutis.)

MAR. No ha de ser!

CAR. Insensata! Así lo quiero;
resuelto estoy. A tu insondable culpa
penitencia darás bajo este techo
donde también gozaste las primeras
caricias que te dió mi amor inmenso!
Si eres digna de lástima algún día,
ó de perdón quizá, con santo ejemplo
alcanzarle podrás: á Dios tan sólo
para tu culpa pídele consuelo.

MAR. Y Él me habrá de escuchar! Él mi inocencia
te llegará á mostrar... Ya te obedezco.
Resignada estaré sóla aquí, en tanto
que el cielo rasgue el tenebroso velo
que empaña tu razón. Mas dame á mi hijo:
ve mi suplicio y mi pesar inmenso!
Observa que no hay ley aquí en la tierra
que á una madre la niegue el puro anhelo
de estrechar en sus brazos con delirio
al ser querido que llevó en su seno!
Mira que como madre te lo imploro,
y á tus plantas rendida te lo ruego. (Arrodillándose.)
Ve que tu sangre corre por sus venas!

CAR. Calla!... Calla!... Otra vez tu torpe anhelo
despiadado no traiga á mi memoria
idea vil de tan monstruoso engendro!

MAR. Jesús mil veces!

CAR. Turbonadas surgen
de tempestad, entre el pesar que aliento,
y aunque intento con ansia la tormenta
conjurar en el fondo de mi pecho,
¡ay de tí! si rugiente la avalancha

sube del corazón hasta el cerebro!
MAR. Nada entonces me espanta; dame muerte,
(Con altivez, poniéndose de pie.)
y acaba de una vez con mi tormento!
CAR. Vano intento será! Como tú al mío,
herir tu corazón también pretendo!
Mas poco á poco; porque de esta suerte
mi venganza es mayor, y más acerbo
tu padecer también, traidora!
MAR. ¡Ay triste!
CAR. Ya no más le has de ver! Abrojos llevo
en el fondo del alma. (Medio mutis.)
MAR. Oye!... Detente!
ten compasión de mí! Oye mis ruegos!
CAR. Traición doy por traición!
MAR. Carlos!
CAR. Es tarde!
Quien á hierro mató, que muera á hierro!
(Vase segunda lateral derecha. María permanece breve tiempo profundamente ensimismada.)

ESCENA VI.

MARÍA.

Basta; basta de sufrir
tan ruda y fiera inclemencia!
Si no puedo mi inocencia
mostrarle; si he de vivir
para llorar y gemir
del martirio con la palma;
si sólo puedo en el alma
alentar duelo espantable,
¡mar!... en tu seno insondable
halle mi suplicio calma!
(Se dirige frenética á la ventana. En el mismo instante aparece Pedro en la puerta del foro.)

ESCENA VII.

MARIA *y* PEDRO.

PED. Señora.
MAR. (Sorprendida.) Quién?
PED. (Con misterio.) Estais sola?
MAR. Con mi dolor y mi pena!
PED. Perdonadme si atrevido
llegué aquí: mas era fuerza
obedecer... Vuestro primo
quiere hablaros.
MAR. Oh, sorpresa!
Él aquí?
PED. Llegó ahora mismo.
Dice que trae buenas nuevas,
y á la puerta del jardín
espera con impaciencia.
MAR. Y tú consientes?...
PED. De mí
disponed como os convenga.
MAR. Gracias; tú eres aquí el único
que se apiada de mis penas.
Y puede entrar sin ser visto?
PED. Ahora mismo: en la cancela
quedó oculto; aun á los perros
esta noche no dí suelta,
y Miguel hace ya mucho
que durmiendo está. A la puerta
yo he de quedar mientras tanto
por si acaso os conviniera
disponer de mí.
MAR. Esa lámpara
llévate, Pedro: en tinieblas

mi inocencia está; entre sombras
sólo ¡ay triste! hallar me resta
satisfacción al honor
que impíos todos me niegan.
(Vase Pedro por el foro llevándose la lámpara. La escena á obscuras.)

ESCENA VIII.

MARIA y ARTURO.

(El último por el foro.)

Ya llega... Arturo!
ART. María!
MAR. Qué me anuncia tu llegada?
(Toda esta escena se dirá á media voz.)
Acaso mi hijo...
ART. Sí.
MAR. Habla pronto!... Por Dios, habla!
Lograste al fin?...
ART. Sí; le he visto.
MAR. Vive!... Gracias, Virgen santa!
Dónde está?... Nada me ocultes:
ve mi impaciencia.
ART. Ten calma.
MAR. Mira mi angustia! Al instante
dime, Arturo, dónde se halla!
ART. Ya en Madrid, bajo mi amparo.
MAR. Pero, es cierto?... No me engañas?
ART. María!... Dudas de mí?
MAR. Verle ansío.
ART. De esta casa
salgamos pues.
MAR. Qué digiste?
salir de aquí?
ART. Qué te espanta?
MAR. Oh, sí!... Mas triste de mí!

cómo salir de esta casa
donde queda prisionero
mi corazón?

ART. Cobra calma,
y mira que sorprendernos
puede alguno en esta estancia.
La noche es densa y sombría;
la obscuridad nos ampara.

MAR. Y Carlos?

ART. Qué de él esperas?

MAR. Ay triste!

ART. Mira que aguarda
tus besos y tus caricias
quien es alma de tu alma.
Quien al calor de tu seno
maternal, jamás lograra
dulce sueño en tu regazo.
Quien halla en madre prestada
lo que la propia le niega.

MAR. Eso no!... Vamos.

(En este instante llega Carlos á escena cautelosamente.)

ESCENA IX.

Dichos y CARLOS.

CAR. (Jurara
que sentí hablar.)

ART. No vaciles;
salgamos.

CAR. (Bien sospechaba!)

MAR. Desventurada de mi!

CAR. (Ella!... Infame!)

MAR. Fuera aguarda.
Preciso antes de salir
un instante.

ART. Ve que pasa
el tiempo.
CAR. (Qué es lo que escucho!)
(Arturo!)
MAR. Ten confianza.
ART. Mira que espero impaciente
en el jardín.
MAR. Sí.
(Arturo vase por el foro. María, lentamente, gana la segunda lateral derecha, por la que sale de escena. Carlos avanza al centro de la sala.)
CAR. Villana!

ESCENA X.

CARLOS.

Huir... Loco frenesí!
Ilusión!... Llegó la hora
de mi venganza! Traidora!
Tu paso cerraré aquí!
Obscuridad precursora
del delirio en que me agito!
Tinieblas; os necesito
más que nunca en esta hora!
Que si llegase á mirar
su hermosura, se me alcanza
que esta noche mi venganza
no pudiera realizar. (Ligera pausa.)
Cuánta calma en derredor,
y cuánta lucha en mi mente!
Siento rugir en mi frente
un volcán abrasador,
en cuyos cambiantes rojos
mi suplicio se alimenta;

presagio de la tormenta
que se cierne ante mis ojos!
(A intérvalos penetra por la ventana el resplandor del relámpago.)
Sombras; con vuestro crespón
ocultad mi sufrimiento!
No vaciles pensamiento,
ni tiembles tú corazón!
(Llega hasta la panoplia, de la que toma un cuchillo de caza.)
Ven, oh hierro, aquí á mi mano,
y sé esta noche testigo
de mi venganza, y castigo
de su proceder villano!
Y en tan menguada ocasión
no yerres el golpe fiero.
Muestra tu temple, y certero
ve derecho al corazón. (Ligera pausa.)
Siento pasos!... Ya la hora
llegó al fin de mi venganza.
(En actitud amenazadora se sitúa en la puerta del foro.)

ESCENA XI.

Dicho y MARÍA. *Luego* ENRIQUE.

(María cubierta con un velo avanza hacia el foro con lentitud.)

MAR. Temblando estoy!
CAR. (Ella avanza!)
MAR. (Ay de mí!)
CAR. (Cuál la traidora
vacila!)
MAR. Fuerza es salir.
Me aterra esta obscuridad!
CAR. Ya se acerca!... Qué ansiedad!

MAR. Oh, cuán horrible sufrir!
CAR. Siglos los minutos son!
MAR. En vano salir intento!
(Retrocede hasta llegar cerca de la lateral por donde salió.)
Cuánta lucha!
CAR. Qué tormento!
MAR. Basta de vacilación!
Si he de salir, á qué espero?
(En este instante llega á escena Enrique y resueltamente avanza hacia el foro. María con lentitud.)
ENR. Sombras sólo en derredor.
Este instante es el mejor
para salir. (Va avanzando.)
CAR. Sé certero
hierro amigo!... Mal resisto
mi ansiedad!
MAR. Temblando voy.
(En este instante llega Enrique junto á Carlos: éste, creyendo herir á María, le clava el cuchillo en el pecho. Enrique da un grito de angustia, y María sorprendida retrocede al centro de la escena.)
CAR. Al fin! (Dando el golpe.)
ENR. Jesús!... Muerto soy!
(En este momento un fuerte relámpago ilumina la escena.)
MAR. Cielos!
CAR. Qué ví?... Jesucristo!
ENR. Me ahogo!
(Haciendo esfuerzos supremos logra llegar á la butaca que habrá colocada junto á la mesa.)
CAR. (En alta voz.) Luces aquí.
Pronto!... Pedro!

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos. ARTURO, MIGUEL *y* PEDRO.

(Los tres últimos por el foro. Pedro con un candelabro con bujías encendidas.)

MAR. (Al ver á Enrique herido.) Virgen santa!
CAR. Qué estoy viendo que me espanta!
(Con exaltación suma y llegando á su lado.)
Yo tu matador!
ENR. Ay!... Sí!
Así el azar... lo ha querido.
Quien entre las sombras... hiere
también entre sombras muere.
Justicia del cielo... ha... sido.
Si mucha es la culpa mía,
de tu perdón... al abrigo
juro... que el cielo es testigo
del limpio honor de María.
CAR. Qué dijiste?
ENR. La verdad!
MAR. Ay Dios! (Llegando junto á Enrique.)
ENR. Fuí... un miserable;
de mi suplicio insondable
ten, Carlos, por Dios piedad!
(Haciendo poderosos esfuerzos y fija la vista en Arturo, Pedro y Miguel que forman un grupo en primer término, junto á la butaca que ocupa Enrique.)
Que á nadie se culpe... pido,
mi muerte... Sufrir profundo
me hace... aborrecer... al mundo
y harto ya de él... me suicido!
Adiós!... Ten... de mi... clemencia! (A Carlos.)
(Cae desfallecido. María lanza un grito de terror.)

CAR. Descansa en paz! En mi amor
tendrá su puesto de honor
LA MÁRTIR DE SU INOCENCIA!

(El director de escena queda facultado para la colocación de las figuras.)

TELÓN LENTO.

FIN DEL DRAMA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Un noble de corazón, drama en un acto y en verso.

Volcar á tiempo, comedia en un acto y en verso.

Panorama Provincial, revista local en un acto dividido en cinco cuadros, en colaboración con D. Julio de las Cuevas, música de D. José Llanos.

Vivir soñando, pesadilla en un acto dividido en cuatro cuadros, en colaboración con D. Julio de las Cuevas, música de D. José Llanos.

Horas de angustia, juguete en un acto y en prosa.

El fallo supremo, comedia en un acto y en verso.

La percha grande, sainete en un acto y en verso.

La víspera de la boda, drama en un acto y en verso.

La Popular, sainete lírico en un acto y en verso, música de D. Sebastián Garrote.

Gacetilla local, revista lírica en un acto dividido en tres cuadros, en colaboración con D. Luis Zapatero, música de D. Sebastián Garrote.

Lo que pesa un juramento, drama en tres actos y en verso.

La mártir de su inocencia, drama en tres actos y en verso.


